



EL BARCO
DE VAPOR

SERIE PABLO DIABLO

Pablo Diablo y los fantasmas

Francesca Simon

Ilustraciones
de Tony Ross



sm

www.

literaturasm
.com



*Para Mary Gibson,
directora de la Yerbury School,
y para Joshua,
el de ideas siempre brillantes,
con cariño y agradecimiento.*

Primera edición: marzo de 2001

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Horrid Henry's Haunted House*

Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1999

por Orion Children's Books.

© del texto: Francesca Simon, 1999

© de las ilustraciones: Tony Ross, 1999

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE



1

Pablo Diablo y el cómodo sillón negro, 7

2

Pablo Diablo y los fantasmas, 31

3

Pablo Diablo y la fiesta del colegio, 51

4

Pablo Diablo cuida sus modales, 71



I

.....

PABLO DIABLO Y EL CÓMODO SILLÓN NEGRO

¡QUÉ BIEN! ¡Era sábado! «El mejor día de la semana», se dijo Pablo Diablo al sacudirse las sábanas de encima y saltar fuera de la cama. ¡Nada de colegio! ¡Nada de deberes! ¡Un glorioso día de tele! A sus padres les gustaba quedarse durmiendo los sábados. Mientras no hicieran ruido, Pablo y Roberto podían estar viendo la tele hasta que su madre y su padre se levantaran.

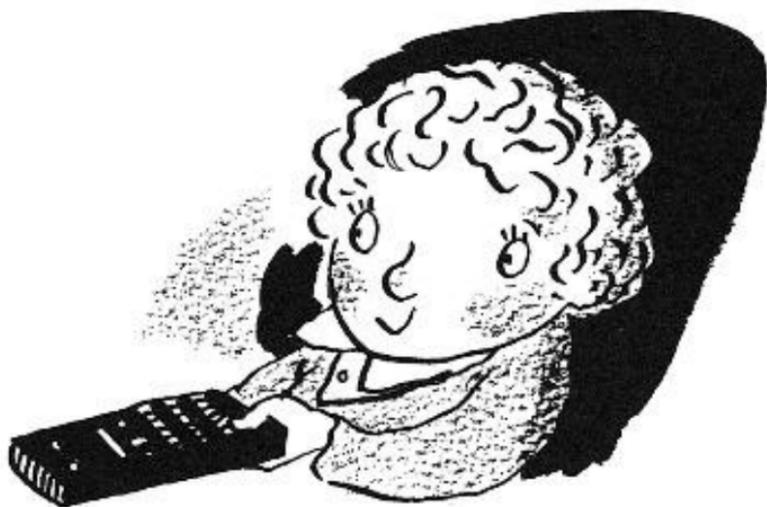
Pablo Diablo se lo imaginaba ya. Se repantigaría bien en el cómodo sillón negro, se apoderaría del mando a distancia y pon-

dría la tele. Hoy se emitían todos sus programas favoritos: *Gladiator Exterminador*, *Max*, *el Mutante Alucinante* y *Toma del frasco*, Carrasco. Si se daba prisa, llegaría justo a tiempo para ver *Gladiator Exterminador*.

Bajó la escalera a saltos y abrió de par en par la puerta del cuarto de estar.

Un espectáculo espantoso se desplegó ante sus ojos.

Allí, repantigado en el supercómodo sillón negro, estaba su hermano pequeño, Roberto, el niño perfecto.



Pablo tragó saliva. ¿Cómo era posible? Pablo siempre era el primero en llegar al cuarto de estar.

La tele estaba ya funcionando. Pero no retransmitía *Gladiador Exterminador*.

Del aparato salía una musiquilla tintineante y pegajosa.

¡Horror! Roberto estaba viendo *Adelina y sus margaritas danzarinas*, el programa más aburrido del mundo.

–¡Cambia de canal! –ordenó Pablo–. Ha empezado *Gladiador Exterminador*.

–Ese es un programa horrible y repugnante –protestó Roberto, el niño perfecto, estremeciéndose.

–¡He dicho que cambies de canal! –insistió Pablo con rabia.

–¡No lo haré! –dijo Roberto–. Ya conoces las reglas. El primero que llega abajo se sienta en el supercómodo sillón negro y decide lo que quiere ver. Y yo quiero ver *Adelina*.

Pablo apenas daba crédito a sus oídos. ¿Roberto estaba... negándose a obedecer una orden?

–¡PUES YO NO! –aulló Pablo–. Odio ese programa. Yo quiero ver *Gladiador Exterminador*.

–Muy bien, pues yo quiero ver *Adelina* –repitió Roberto, el niño perfecto.

–Ese es un programa para bebés –protestó Pablo.

–¡Danzad, margaritas mías, danzad! –graznaba la repulsiva Adelina.

–¡Traaa, la la la la! –gorjeaban las margaritas.

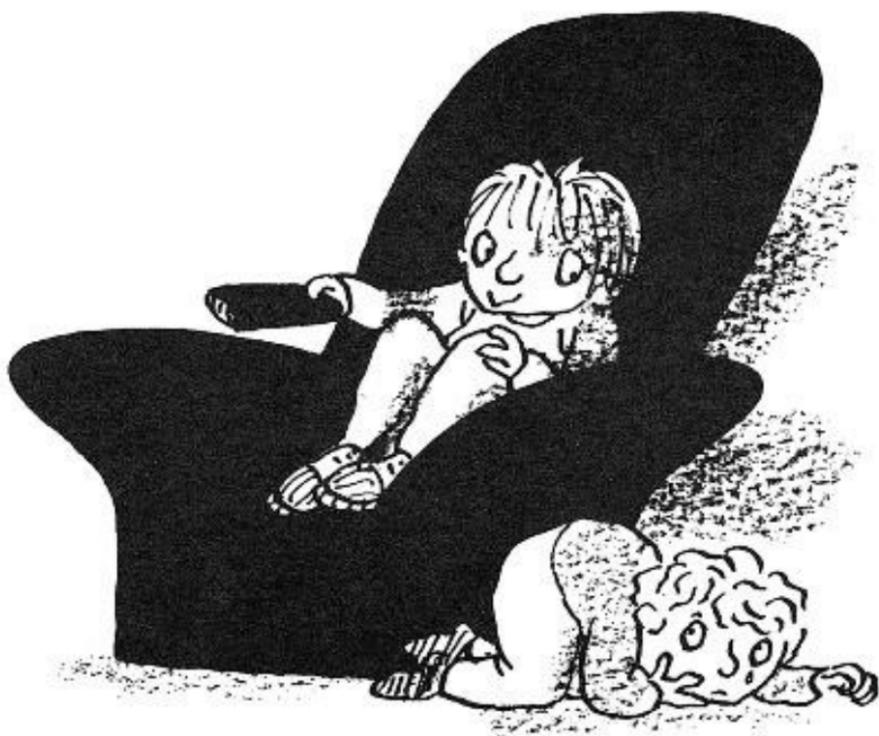
–¡Traaa, la la la la! –cantaba Roberto.

–¡Bebé, más que bebé! –le provocaba Pablo. Si conseguía que Roberto subiera llorando al piso de arriba, él podría apoderarse de la silla.

–¡Roberto es un bebé, Roberto es un bebé! –se burlaba Pablo.

Roberto seguía con los ojos pegados a la pantalla.

Pablo Diablo no pudo soportarlo más. Se abalanzó sobre Roberto, le hizo caer al suelo y le arrebató el mando a distancia. Se había transformado en el Gladiador Exterminador, dispuesto a hacer picadillo a un androide plasta.



–¡BUUAAAAA! –aulló Roberto, el niño perfecto–. ¡MAAMÁAAAA!

Pablo Diablo se encaramó al supercómodo sillón negro y cambió de canal.

–¡Grrrrrrrrrr! –rugió en la tele el Gladiador Exterminador mientras pulverizaba a un enemigo.

–¡PABLO, YA ESTÁ BIEN DE INCORDIAR! –gritó su madre, entrando como un vendaval–. ¡VETE A TU CUARTO!

–¡NOOOOOO! –protestó Pablo–. ¡Ha empezado Roberto!

–¡Traaa, la la la la! –gorjearon las margaritas.

¡RRRRRIIIIIINNNN!

Pablo Diablo desconectó el despertador. Eran las seis de la mañana del sábado siguiente. Pablo no estaba dispuesto a correr riesgos. Aunque tuviera que apretar los dientes y tragarse *Aurora con aeróbic* antes de que

empezase *Toma del frasco*, Carrasco, la cosa valía la pena.

Además, había visto anunciada la prueba estelar de *Toma del frasco* de aquel sábado: a ver quién se zampaba más cantidad de tarta de fresa en cinco minutos mientras les disparaba pringue a los demás concursantes con un Pringo-Plaf. A Pablo le devoraba la impaciencia.

Desde el cuarto de Roberto no llegaba sonido alguno. «Je je», pensó Pablo, «tendrá que sentarse en el sofá lleno de bultos y ver lo que yo quiera».



Pablo Diablo se deslizó dentro del cuarto de estar. Y frenó en seco.

–¡Recordad, niños, que siempre debéis comer con cuchillo y tenedor! –pedía una jovial presentadora. Eran *Los exquisitos modales de Melania Romerales*. Y allí estaba Roberto, el niño perfecto, en bata y zapatillas, repantigado en el supercómodo sillón negro.

¡Otro sábado echado a perder! Pero Pablo quería ver *Toma del frasco, Carrasco*. ¡Tenía que verlo!

Pablo Diablo estaba a punto de tirar a Roberto del sillón, pero se detuvo.

De pronto, se le había ocurrido una brillante idea.

–¡Roberto! ¡Mamá y papá quieren verte! ¡Dicen que es urgente!

Roberto, el niño perfecto, saltó del supercómodo sillón negro y subió las escaleras como una flecha.

«Je je», dijo para sí Pablo.

¡ZAP!

–¡Bienvenidos a *Toma del frasco, Carrasco!*
–vociferaba el presentador Augusto Carasusto–. ¡Preparados para una dosis realmente repugnante! Porque hoy esto va a ser... ¡DE ASCO! ¡DE ASCO! ¡DE ASCO!

–¡Bieeen! –jaleó Pablo Diablo. La cosa empezaba de miedo.

Roberto, el niño perfecto, reapareció.

–No querían verme –dijo–, y se han enfadado porque los he despertado.

–Pues a mí me han dicho que sí querían –respondió Pablo con los ojos fijos en la pantalla.

Roberto no se movió.

–Devuélveme el sillón, por favor, Pablo.

Pablo no contestó.

–Yo lo tenía antes que tú –dijo Roberto.

–Cierra el pico y déjame ver la tele –le cortó Pablo.

–¡Quéeeeeeee... ASCO! –aullaba el público de la tele.

–Yo estaba viendo *Los exquisitos modales de Melania Romerales* –dijo Roberto–. Iban a enseñar cómo tomarse la sopa sin dar sorbetes.

–Mala suerte –dijo Pablo–. ¡Qué ascazo!
–rio satisfecho señalando a la pantalla.

Roberto se tapó los ojos.

–¡Mamáaaaaaaaaaaaaaaaaa! –gritó–. ¡Pablo me está fastidiando!

Su madre apareció en la puerta.

Parecía furiosa.

–¡Pablo, vete a tu cuarto! –gritó–. Estábamos intentando dormir. ¿Es demasiado pedir que nos dejes en paz una sola mañana a la semana?

–Es que Roberto...

Su madre apuntó hacia la puerta.

–¡Fuera! –dijo.

–¡No hay derecho! –gritó Pablo mientras salía pateando el suelo con todas sus fuerzas.

¡ZAP!



–Y ahora, Catalina Vaselina, nuestra experta en modales de alta etiqueta, os enseñará cómo extender la mantequilla sobre las tostadas.

Pablo dio tras de sí el portazo más sonoro de que fue capaz. Era la última vez que Roberto se apoderaba del supercómodo sillón negro.

¡RRRRRIIIIIINNNN!

Pablo Diablo desconectó el despertador. Eran las dos de la madrugada del sábado siguiente.

Aquella misma mañana iban a transmitir la final de *Toma del frasco, Carrasco*. Agarró su almohada y su edredón y salió del cuarto a hurtadillas. No estaba dispuesto a correr riesgos. Esa noche dormiría en el supercómodo sillón negro. Al fin y al cabo, su madre y su padre nunca le habían prohibido levantarse demasiado temprano.

Pablo caminó de puntillas desde su habitación hasta el descansillo.

Silencio en el cuarto de Roberto.

Silencio en el cuarto de sus padres.

Pablo bajó con precaución las escaleras y abrió poco a poco la puerta del cuarto de estar. La habitación estaba oscura como la boca del lobo.

«Mejor no encender la luz», pensó Pablo. Siguió su camino a tientas a lo largo de la pa-